



# Poemas revolucionarios chinos de MIN

Versión del inglés de C. L. S.

## Vagabundos A la lancha de carga

## Min, apaleado

Mientras todos trabajan en la plaza  
Haciendo el trono del emperador,  
Min está entretenido persiguiendo  
una abeja que va de flor en flor.

Ya está el trono vistoso  
de sedas y de oro revestido:  
los obreros cansados,  
sudán bajo el crepúsculo amarillo.  
El capataz se ha encarado con Min: "Tu no eres digno  
de mirar esta obra prodigiosa,  
obra de nuestro esfuerzo decidido  
mientras tó, vagabundo,  
abandonaste clavos y martillo.

Yo, dice Min, nací con buena estrella  
y el mismo día que el emperador,  
y los dos somos grandes vagabundos;  
él los manda construir un trono maguo,  
yo me contento con abeja y flor.

Capitán,  
pronto soplará el viento!  
Timonel, listo, a la rueda!  
Muchachos hay tormenta!  
Bregad, bregad, son muchos los tesoros  
que van en las bodegas;  
cántaros claros de licor añejo,  
perfumes y esencias.  
¡Ay de vosotros,  
si por cuidar de vuestras vidas, llega  
a perderse la carga  
que el Mandarín espera!  
Cuando tengáis las bocas  
amargadas de sal y las manos sangrientas,  
pensad, para consuelo,  
que en las bodegas  
cántaros hay de buen licor añejo,  
y perfumes y esencias!  
¡Qué importan vuestros huesos en las olas!  
¡El mar todo lo cubre con arenas!

Fué apaleado Min por vagabundo  
lo apalearon los siervos;  
Min soportó el castigo,  
sonriendo.

Después entre las eras esquilgadas  
a la luz de la luna y del lucero  
compuso estos versillos  
para sus compañeros:  
Complacido está ahora  
el amo vuestro;  
y mientras él, con dulce compañera  
disfrutó del amor sobre su lecho,  
vosotros no tenéis  
ni un mal pan para el hambre del invierno.

Más, trabajad de firme,  
amados compañeros,  
y apaleado Min, quizá su sangre  
os sirva de alimento!

# REGOCIJO

Mi compañera Liang  
salió ayer al sol con su hijito.  
Yo estaba trabajando  
en el arroz verde amarillo.  
Y asoguro que al ver a Liang

dando su pecho al niño,  
la hoz en mi mano  
dió un relámpago de sol limpio,  
relámpago de amor  
que era también el grito

de un millón de padres  
privados del derecho a tener hijos  
y tierra y paz para ellos  
y lugar de arrullarlos y dormirlos!

# CARIDAD MERCADER

Por Juan Marinello

Nunca he tocado mejor la cendición dilemática, decisoria, de la tragedia española que en la presencia de Caridad Mercader. Esta mujer heroica es, un costado, el de su pueblo. Alta, erguida, dinámica, vertical, con los ojos de fuego y la blanda melena al viento, es el proletariado de pie, agitando entre la metralla enemiga. Calida, abierta vivaz, excesiva, es la pasión de su gente catalana firme para la vida y para la muerte. Sus años de París, sus largos viajes accidentados, le han otorgado una virtud de comprensión de hechos y de hombres que falta a veces en la mujer activa. Su sensibilidad artística ha afinado, sin debilitarla, una capacidad de entendimiento popular responsable de más de un acierto revolucionario. Bello equilibrio inestable: la responsabilidad de la dirigente no ha agostado el grito de la masa que vive en su garganta poderosa ni el impulso aguerrido ha impedido la meditación cultivada. Sorprendente conflicto imperativo: la buena entre el refinamiento originario y la crudeza de una militancia de veinte años ha ido trasmutando en eficaz sustancia revolucionaria el ímpetu ganado en la comunión popular y la fuerza del espíritu. Caridad Mercader es su pueblo va-

leroso, pero en un instante de feliz consumación. Gran lección para remilgados y aristocratizantes: esta mujer nos dice, nos está gritando a la conciencia, lo que ha de ser la masa de España cuando todos los hombres y todas las mujeres hayan hecho saltar de sus hombros el peso mortal que les impide ahora la ascensión. He aquí a la inteligencia exaltando con honda lealtad el anhelo de los oprimidos: he aquí el pueblo levantado y sublimado en su misma incorporación dolorosa. Oír a Caridad Mercader vale más que leer diez libros sobre el momento español. Apunta en ella lo que los libros no dicen, lo que no dirán nunca: esa suma de observaciones personalísimas, esa valoración del detalle trascendente, esa referencia marginal que aclara un panorama y entrega a veces el contenido de una etapa. Con sencilla y encendida palabra nos demuestra la porción de ganga deleznable y de grandeza inasible que marchan en todas las Revoluciones. Es ella, además, un pedazo de historia española, de historia del proletariado peninsular. Hay que oír la descripción de su trayectoria política. Anarquista muchos años, practicante de acción directa como única acción, adoradora del atentado y feligrés de la bomba, llegó el

marxismo por una lenta y firme convicción. Cuando en ella con pasión carnal; desde hace nueve años es militante comunista, primero en Francia, ahora en el Partido Comunista de Catalunya, de cuyo Buró Político forma parte. La enconada persecución, el insulto, el vejamen, el destierro y la cárcel han sido por veinte años su vida misma. A todo resistió su fe. Su fiera decisión la ha traído por entre grandes dolores a la radiosa emoción de ahora. Porque revolucionaria en su médula recóndita, Caridad Mercader vive ahora los días más dichosos de su existencia. Da por buenos y bien pasados los tiempos de miseria y peligro ya que fueron el camino forzoso a este momento heroico de su pueblo. Sólo por la trayectoria de sacrificios pudo llegar con el ánimo intacto y la conciencia limpia a este despertar asombroso del proletariado español. Este ánimo, esta conciencia, son indispensables, para sentir hasta el fondo la nueva medida del hombre que está dando España: «Si vieras que no sabría que hacerme una vez logrado el triunfo proletario... El abarriamiento me consumiría. Y saldría para otra parte, donde aún hubiera que

hacer la Revolución... ¿Quieres que sea hacia la Habana, donde ahora nos han tratado tan mal...?». Lo que dice Caridad Mercader de la mujer del pueblo en la terrible lucha pasma y sobrecoge. Un nombre simbólico le viene enseguida a los labios, el de Lina Odena, la comunista intachable. Era —dice— un dechado muy difícil de igualar, un raro conjunto de virtudes y excelencias. Era una mujer en la primera juventud y sin embargo todos los jóvenes revolucionarios, muchachos y muchachas, la veían como a una madre, como a un ser en madurez anticipada. Y la alegría, el entusiasmo, la gracia juvenil eran con todo, sus notas dominantes. Desde su vuelta de la U. R. S. S. una niña entonces se le acató como dirigente. Se adivinó enseguida en ella un ímpetu responsable, una rara entrafía comprensiva e inflexible a la vez. Cuando estalló la revuelta fascista era la figura juvenil más poderosa del movimiento proletario español. Su prestigio la había llevado al máximo puesto de las juventudes revolucionarias unificadas. Sonada la hora grave de la acción armada, nada pudo detenerla. Y fue en el frente, entre las balas y las

granadas, la misma postura romce si en la misma Gralacionante, orientadora, nada (El crimen fué en Granada, en su Granada)..., no jo junto a tanta serenidad, ni heroicidad mejor vigilada por la castela responsable. Su muerte no está explicada aún. Parece imposible que por su propio impulso fuera a caer dentro de las avanzadas enemigas. El chofer que la acompañaba ni volvió ni se encontró ni muerto ni herido; hay que sospechar una monstruosa traición. ¿Cómo no hallarlo, o saberlo mutilado, cuando Lina Odena fué violada por los moros después de muerta—murió por su misma mano al verse perdida—y despedazada en medio del más salvaje furor? Destrozada la arrastraron largas horas por las calles de Granada entre una turba ebria ebria. ¿Como — pensamos mientras discurre el relato—no ha nacido ya el Romance de Lina Odena? Hay un hondo sentido popular y tradicional, un entronque con los temas vitales de la antigua España en los hechos, en el nombre de esta muchacha combatiente, despedazada por la morisma. Parece que no pueda haber poeta español libre del influjo de su vida y de su muerte. Vendrá el romance mañana, hijo quizá del mismo pueblo que engendró y movió a Lina Odena y será el himno mejor a la mujer proletaria. Ya tendríamos el

romce si en la misma Granada (El crimen fué en Granada, en su Granada)..., no hubiera sido asesido por una turba ebria y desalmada—como Lina Odena—Federico García Lorca. Pero lo que ha hecho la mujer por la libertad del mundo en tierras españolas no cabría en la más amplia antología del heroísmo. De muchas puede citarse el hecho extraordinario, no el nombre. Lo más asombroso es la tranquila decisión con que marcharon a la muerte segura. Son incontables los casos de mujeres andando conscientes hacia un sacrificio final sin una vacilación, sin un gesto, sin una queja. Se estremece uno al oírle relatar a Caridad Mercader el caso de la iglesia del Beato Oriol, en Barcelona. Se había luchado bravamente por desalojar de su interior a los fascistas. Todo inútil. Desde las ventanas salía una lluvia encendida que que diezmaba cruelmente las tropas populares: las ametralladoras tableteaban incansables abriendo grandes huecos sanguinolentos en las filas de los trabajadores. No quedaba más que un terrible camino de triunfo: ir hasta la puerta de la iglesia y prenderle fuego. Un joven italiano se propuso para ello. Atravesó la pequeña plaza, franqueó el jardincillo, llegó a la puerta. Ya tendríamos el